

Santo Domingo: á las 9 Misa mayor, y á las 5 y media de la tarde ejercicios de las Flores de Mayo y sermon.

San Sebastian: por la tarde los ejercicios de las Flores de Mayo.

En las demás iglesias, Misa conventual á las 8 y media, y los ejercicios de costumbre.

VARIETADES.

LOS OJOS NEGROS.

(Conclusion.)

—¿Cual?

—El de toda tu raza contra la mia: el de tus deudos contra mis vasallos: el de tus naves contra las mias: finalmente ¡la guerra! Esta isla nos pertenece á los dos: estalle, pues, una implecable lucha en que perezamos uno de ambos y se hunda una de las dos fortalezas y acabe mi reinado ó el tuyo, y desaparezca tu ejército ó el mio? ¿Aceptas?

—Con todo mi corazon. ¿Cuándo empezará la lucha?

—Mañana, respondió Magno con salvaje alegría.

—¿Dónde?

—En el mar!

—Pues á Dios! Voy á preparar mis naves: no olvides, jarl de Kimi, que tengo tu juramento de no inmolar á tu esposa hasta que yo haya perecido.....

Empezaba á amanecer.....

VII.

Bajaba el sol al poniente.

La castellana de Kimi se habia hecho trasportar á la plataforma del alcázar, á pesar de su peligroso estado y del viento glacial que corria.

Habia querido presenciar aquel combate naval que habia puesto en conmocion toda la isla.

Desde aquella eminencia, donde Fædora permaneció todo el dia, habia visto primero perecer dos esquifes montados por su esposo, y tener que huir desmantelada una balandra de su adorado Alfonso: desde allí habia visto á los dos rivales luchar desesperados y saltar varias veces al abordage, sin que nunca hubiesen sido heridos el uno por el otro, á pesar de los terribles encuentros que habian tenido.

La batalla debia terminarse pronto.

El señor de Kunia defendia heroicamente su última embarcacion que era una pequeña urca, y Magno de Kimi le perseguia con el postrer barco de su armada, que era un bergantin de bastante fuerza.

En el calor de la refriega habianse retirado mucho de la isla de Loppen, y Fædora, que apenas distinguia hácia el Mediodia la movable sombra de las naves, á pesar del ante-ojo con que miraba, temia á cada paso ver desaparecer cualquiera de ellas.

¡Infeliz! De la solucion de aquel combate no podia ella sacar sino el dolor ó el remordimiento.

El dolor si parecia Alfonso.

El remordimiento si moria Magno.

Cayeron del cielo las sombras de la noche, y robó la vista de las naves á los ojos de Fædora.

La jóven se hizo trasportar á su lecho.

Aquella noche no durmió esperando el resultado de la lucha, pero ninguna noticia llegó á la isla. Magno y Alfonso seguian en el mar.

Al dia siguiente, al amanecer, mandó que subiesen á las torres del castillo y viesan si aparecian el bergantin ó la urca en la superficie de las olas.

Nada se veia por ninguna parte.

El corazon de Fædora se oprimió al saber esta noticia,

¿Qué habia sido de aquellas naves?

¿Quien habia vencido?

Tres dias se pasaron de esta manera,

VIII.

Sepamos lo que habia ocurrido.

Al declinar el dia del combate naval que presenció la culpable esposa del de Kimi, habianse alejado las naves hácia el Sur unas cuatro leguas. La riña era igual; encarnizada é implacable por ambos partidos. De los cien hombres de que constaba aquella mañana la tripulacion de cada armada, solo quedaban doce al de Kimi y diez y siete á Alfonso de Kunia.

Los dos condes estaban cubiertos de heridas, pero seguian sobre cubierta, batiéndose desesperadamente.

Llegaba la noche: ahora era Magno el que huia. Alfonso, con su pequeña urca, casi le daba caza.

—Ríndete! gritaba el español en el parasismo de su furia.

—Ríndome, contestaba el guerrero del Norte con la sombría calma de su ira.

De pronto lanzaron un grito todos los que componian la tripulacion del bergantin de Kimi.

Aquel grito heló de espanto á Alfonso y á todos los suyos

—*El Maelstrom!*!

Todos repitieron esta siniestra palabra: todos arrojaron las armas: todos cesaron de luchar.

Oíase á lo léjos un fragor ronco y continuado que dominaba todos los rumores de la mar y de la pelea.

Incháronse las velas como por encanto, y ambos buques corrieron con la velocidad del rayo.

La urca de Alfonso chocó con el bergantin de Magno, haciéndole casi zozobrar.

Nadie pensó en el abordage.

Todos rezaban en silencio; otros maldecian: algunos blasfemaban.

—*El Maelstrom!* murmuraba sordamente Magno de Kimi..... ¡no lo habia previsto!

—¿Qué es el *Maelstrom*? Preguntó entonces un jóven marinero ruso, que desconocia aquellos mares.

—*El Maelstrom*, desventurado niño, es un sumidero, un remolino, un abismo, una tumba abierta por Dios en esta parte del Océano..... *El Maelstrom* es la boca que nos fascina, que nos atrae, que nos devora; es un monstruo que abre allí sus fauces..... ¿no le oyes rugir? En vano, en vano es recoger velas, ni botar la lancha, ni manejar el timon, ni apelar á los remos..... *el Maelstrom*, niño, es la muerte!!

Habló así un viejo marino y se precipitó al mar.

Algunos le imitaron.

Magno y Alfonso se miraban en silencio.

A veces dirigian sus ojos á Loppen.

Pensaban en Fædora.

El sumidero rugia cada vez mas: los dos barcos corrian como exhalaciones.

Hubo otro momento en que chocaron uno contra otro por las bandas.

Magno, ágil como un corzo, saltó desde su bergantin á la urca de su rival.

—Castellano, exclamó con acento lúgubre; vamos á morir. Dame la mano.

Alfonso se la estrechó con un movimiento convulsivo.

—Fædora..... murmuraron los dos.

Y se precipitaron en las olas.

Dos minutos despues la urca y el bergantin se estrellaron el uno contra el otro, y sus fragmentos, los cuerpos de veinte infelices, sus imprecaciones, sus gritos y sus ruegos, todo se hundió para siempre en la horrenda sima que les coronó de hirviente espuma.

Nunca supo Fædora ni nadie pudo referirle, por que nadie sobrevivió á ella, la escena que he descrito

Acaso la sospechó, acaso creyó que ambos habian muerto en la batalla, yendo las naves á pique; acaso les creia